

## CRÓNICA INTERNACIONAL

**D**URANTE el período que comprende esta *Crónica* (5 de marzo a 5 de junio) los problemas mundiales, heredados del período anterior, han presentado una tendencia evolutiva que no puede calificarse de agravatoria. Algunos han seguido como estaban, otros se han aclarado, no han faltado los que ofrecieron claros síntomas de una próxima solución, aunque nos guardaríamos mucho de añadir que perfecta o definitiva. En la vida internacional estos valores absolutos no existen; acaso por ello, el sentido práctico de los estadistas que conducen a las grandes potencias, se haya orientado hacia la consecución de arreglos limitados o provisionales que permitan mantener lo más urgente —la paz mundial, porque las guerras resultan cada vez menos localizables— dando tiempo para que la negociación y el mismo rumbo de los intereses comunes a todos los humanos, permita alcanzar arreglos más completos y prolongados.

Esta ha sido la tónica del trimestre: el esfuerzo por parte de los «grandes» para llegar a un acuerdo sobre el desarme que pusiera freno a los experimentos nucleares, de tan peligrosas perspectivas para todos, si hemos de dar fe al clamor de los sabios de muchos países. Después de las pruebas soviéticas, británicas y estadounidenses, las respectivas cancillerías se afanaron por aproximar los proyectos y contraproyectos pendientes desde la anterior fase de los trabajos de la Subcomisión de Desarme, utilizando varios principios combinados: reducciones progresivas en cantidad y calidad de contingentes y equipos, clásicos y modernos; detención y más adelante prohibición de los armamentos nucleares, colocando bajo inspección internacional los stocks no destruidos, y facilitando dicha inspección por vía aérea («cielo abierto»); en fin, estudio de la neutralización de ciertas fajas de contacto y fricción entre los grandes bloques, como posible antecedente de la modificación de ciertas alianzas, calificadas de ofensivas

por otro poderes. Un programa decisivo para la suerte de la Humanidad, y que claro está, no podría desarrollarse ni aplicarse lealmente sin acometer otros problemas internacionales —políticos, económicos, sociales— susceptibles por sus derivaciones de entorpecer la colaboración en el desarme. Con lo cual se replanteó la ligazón entre la cuestión principal y las múltiples cuestiones, no sólo perpetuada, sino utilizadas por algunos de los supuestos «desarmistas» como instrumento diplomático.

\* \* \*

La verdad es que los «Grandes» al discutir sobre el desarme pensaban en el Hemisferio Norte, donde sus solares propios se hallan.—las zonas de «cielo abierto» comprendían trozos de Europa, de Norteamérica y de Liberia— y particularizaban respecto de los problemas centroeuropeos, cuyo máximo exponente es la Alemania dividida. Pero con ello no esquivaban ni olvidaban los vastos problemas del mundo oriental, aún en fase eruptiva, como en el caso del Oriente Próximo ya aparentemente calmado, como en el de la inmensa China y sus apéndices —Corea y Vietnam— y otros derivados. Arreglar o mejorar el clima internacional en Europa, y dejarlo hervir en Asia parecía un contrasentido, y por la fuerza de la realidad, los problemas orientales soslayados se introdujeron en las negociaciones de los Grandes. Acaso entre ellos el mayor era — y sigue siendo— el del vacío diplomático creado por Washington en torno a la China roja, imposible de ignorar y cada vez más activa en los escenarios políticos. Por primera vez desde la época de las invasiones mongolas de la Edad Media, China ha intervenido en los asuntos europeos con los acuerdos y empréstitos que siguieron al viaje de Chu por los «satélites»; hasta en la Feria de Casablanca, la presencia china fué un aviso para muchos. El potencial chino, en todos sus sentidos, fué un tremendo espejuelo de atracción para los demás poderes. El Japón, bajo el gobierno de Nobusuki Kichi, tanteó el restablecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales, proponiendo a Estados Unidos la reunión de una conferencia internacional que abordara el problema. El Reino Unido aprovechó los incidente antinorteamericanos de Formosa para aplicar a su tráfico con Pekín las mismas normas que el que sostiene con Rusia. En fin, la U. R. S. S. arrastrada por el temor a perder su

influencia en Oriente, además de cuantiosos regalos al satélite indeciso —Mongolia— envió a su Presidente Vorochilof a varias capitales, desde Kabul a Yakarta, sin que por cierto estas visitas revisitaran el aspecto apoteósico que se dió a la de Chu a Hanoi. El problema chino sigue en pie apremiando cada vez más —pues en el próximo período de sesiones de la Asamblea general de la O. N. U. costará mucho dilatarlo— y para una solución que acepte con mayor o menor resignación la Casa Blanca, y que ésta pueda hacer aceptar a Knowland y su «China Lobby», se vuelven a barajar las viejas fórmulas de neutralizar a Formosa como Estado protegido por la O. N. U. Sólo que este desahucio silencioso de Chiang no resolvería los problemas sangrantes de la reunificación de Corea y el Viet-Nam y de la irrupción china hacia el alto Irawady. Prueba de ello fué la crisis que en Laos dió al traste con el Gobierno de Yiao Suvana Fuma por su empeño en que el *Pathet Lao* se integrase dentro del Estado, conforme a los acuerdos de 1954. Quizá por eso mismo el Presidente Diem, del Viet-Nam meridional, fué a los Estados Unidos a asegurar su concurso insustituible para la salvaguardia de la parte libre de su país. Tai prefirió adoptar por sí mismo las medidas de seguridad que su situación demandaba, una vez que en las elecciones generales el *manangasita* (grupo gubernamental del Mariscal Pibul Songgram) conquistó 83 puestos que le daban en la Asamblea mayoría sobre la oposición (10 del *thamatipat*, 29 del *prachatipat* y 40 social-comunista e independientes). En este orden de cosas la conferencia de Canberra representó la única oposición al expansionismo chino al reiterar las garantías colectivas conseguidas sobre el papel de sus actas a los Estados amenazados del Asia monzónica y mantener sus planes de defensa combinados realizados hasta ahora por los anglosajones.

\* \* \*

Como si viviéramos en el mejor de los mundos «el tercer bloque» continuó sus azarosas navegaciones por el Océano de los problemas internacionales, atendiendo a la vez a los suyos propios. Las interminables elecciones indias aseguraron una gran mayoría al Congreso —también el Presidente Prasad fué reelegido— que se interpretaría erróneamente si se equiparase a las que en un país occidental obtiene su partido enfrentado con rivales de su talla. La verdad es que el

proceso de descomposición política en el subcontinente está contenido sólo por Nehru y que éste no sabe o no quiere prever el futuro, entronizando a un «delfín»; pues al conceder a Krichna Menon la cartera de Defensa —y no la de Relaciones— en su nuevo gobierno, mantuvo intacto el poder de Gobin Ballabli Peut, en Interior y tras de ambos las imprudencias de Abdul Kalam Azad y Yogyran Ram. La alegría del Congreso y los esfuerzos para proseguir los planes de fomento económico y social se vieron conturbados por la entronización del comunismo en el gobierno de Kerala —antigua unión de Travancore-Cochin— y los sucesos del vecino Tibet. Por otra parte, la paciencia del Pakistán, con motivo del litigio de Cachemira se puso a prueba al formalizarse el *Anchluss* por la India: la visita del nuevo mediador de la O. N. U., Gunnar Jarring, sólo condujo a una nueva «constatación» de que las recomendaciones y los acuerdos de la Organización seguían incumplidos.

Saltando sobre Birmania —donde Unú volvié al puesto de primer ministro, prosiguiendo la lucha contra las bandas armadas —y sobre Ceylán— donde Bandaranake anunció reformas constitucionales de forma republicana, pero sin salir de la *Commonwealth*— el «neutralista» que más novedades ha presentado ha sido Indonesia. El empeño del Presidente Soekarno de combinar su poder personal, el *pentasila* y el dirigismo democrático provocó una doble e inacabable crisis durante la cual la autoridad del Gobierno central fué desapareciendo poco a poco de las islas exteriores, sometidas a comités revolucionarios o a sus mandos militares. La tramitación constitucional de la crisis consistió en traspasar sucesivamente el poder de Sastroamiyoyo a Suiryo y de éste a Mohamed Ruando, huyendo siempre del mejor remedio: la vuelta de Hatta y el *Masyumi*. El verdadero poder permanecía entre tanto en las manos del General Abdul Haris Nasution.

¿Irá a aumentar el coro de neutralistas extremo-orientales con la adición de las dos nuevas unidades políticas recogidas en esta región? Nos referimos a Malaya, independiente desde primeros de año, y a Singapur, cuya independencia se reconoció por el *Colonial Office* en mayo. El *premier* federal malayo, Tunkun Abdulrraman Hamid, aclaró que su país deseaba colaborar amistosamente con todos los demás y contribuir al afianzamiento de la paz sin regatear esfuerzos para pacificarse interiormente. El *premier* de Singapur, Lim-Yeu-Hok (que

por cierto visitó brevemente a España), fué menos claro en sus declaraciones. Tampoco nos parece a nosotros muy claro el futuro de este «microdominio», demasiado rico para ser una fortaleza o base naval y demasiado estratégico para ser una *polis* hanseática. Su estructura constitucional —en la que hay «presidente» y no «gobernador» y un Consejo mixto para las relaciones y la defensa— favorece más los éxitos electorales de la inquietante mayoría china que la estabilidad local. A lo largo la agrupación con la Malaya federal será inevitable y no sabemos por cuánto tiempo la permanencia en la *Commonwealth*. Pero entre tanto, el concurso de estas dos unidades a la defensa regional, tal como las ve la ponencia de Canberra, se nos antoja más pasivo que otra cosa.

\* \* \*

Si en el período de tiempo entrevisto por la anterior Crónica el Oriente Próximo y Medio brilló con largueza en el capítulo de las turbulencias mundiales, tampoco se quedó atrás en este aspecto en el espacio que ahora revistamos. Sólo que los problemas cambiaron de perspectiva y en conjunto se «enfriaron» sin abocar a soluciones definitivas. Así sucedió con las de Suez y Palestina. Mucho se discutió sobre el canal —en la O. N. U., en la fugaz S. C. U. A., en las capitales interesadas y hasta en otras escogidas como sedes neutrales para conversaciones privadas de los ex-adversarios—. Mucho se parangonaron los «seis puntos» de la O. N. U. con los ocho de la respuesta de Nasser y los propuestos por los mediadores. De la polémica salieron algunas coincidencias, perfiladoras de futuro entendimiento: consolidación de la nacionalización con su secuela de pago del derecho del tránsito al dueño, pero constituyendo una adecuada reserva y otorgando ciertas garantías tarifarias, «despolitización» del canal (retrasado respecto de Israel hasta el arreglo del problema palestino); concurso internacional más asesorativo que otra cosa al organismo egipcio. Paralelamente, las potencias occidentales decidieron escoger otra vía más lenta, pero más correcta y segura que la de un nuevo ataque bélico, impulsando la construcción del oleoducto desde Irak a un puerto turco, el mayor uso de la ruta del Cabo, y estudiando las posibilidades de uso del oleoducto Aqaba-Haifa, ligado al previo despeje del Golfo de Aqaba. En el paralelo

problema de Palestina se vislumbró una salida nueva —en su formulación por los árabes, pues era lógica y tan vieja como los armisticios de 1950— al admitir, bajo condiciones, el Secretario de la Liga Árabe Abdeljaleq Hassuna el reconocimiento de Israel. Si una y otra parte cedieran en su intransigencia no sería difícil establecer la paz entre Israel y sus vecinos, rectificando las fronteras —sin volver al plan de la O. N. U. de 1948 que los judíos no admiten— y, sobre todo, asentando en lugar adecuado a los refugiados, para lo cual los organismos internacionales y la banca judía tienen sobrados recursos. Ganarían todos, salvo los intereses de la Cristiandad en que no se garantizarán los San Lugares, dejados al arbitrio de sus dueños territoriales.

En contraposición a la mejoría apuntada se agravaron las relaciones entre los bloques árabes más o menos rivales, pero con desequilibrio en contra del que antes era más activo, el de Damasco, reducido a dos miembros —Egipto y Siria— porque la Arabia Saudita, sin romper con ellos inició una aproximación a las monarquías hachimitas, jalonada con la visita real a Bagdad y con la franca y decisiva ayuda prestada al joven monarca Hussein de Jordania cuando se hablaba sin rebozos del despedazamiento de este país entre judíos (que se hubiera llevado la parte del león), sirios y saudíes. Desbordado por el extremismo palestino, apoyado por Sarraj y Nasser, y sin poder servirse de los sucesivos gobiernos de Nabulsi, Jalidi y Hachin, el Rey hubo de imponer su autoridad, sosteniendo a la vez su reino, y con la independencia de éste el precario equilibrio regional. Anotemos también que la falta de efectividad de las ayudas pecuniarias egipcio-sirias obligó a Jordania a recurrir a Inglaterra. Por otra parte, las desafortunadas propagandas sirio-egipcias ocasionaron, con motivo de los incidentes de Beirut, la alarma del Líbano, aparte de suscitar otras repulsas por parte de Etiopía y de la misma Jordania.

Paralelamente, el bloque de Bagdad alcanzó su silenciosa, pero importante victoria con la adhesión de los Estados Unidos a su sistema defensivo. Esta adhesión no sólo robusteció el bloque, sino que restó importancia a la presencia británica, un tanto desproporcionada como factor extrarregional. Sin embargo, de la Conferencia de Karachi no salió un acuerdo respecto de la actitud común ante

los problemas de Palestina e Israel y los acuerdos de fomento económico adoptados no restañaron tal fisura.

\* \* \*

Siempre hemos pensado que Africa tardará algún tiempo en poder incorporarse como sistema regional autónomo al concierto mundial por el estilo de como Asia viene haciéndolo desde 1947. Pero los tanteos en tal sentido se inician ya, y sería erróneo despreciarlos por el hecho de que sean menos fuertes que los intentos de vinculación del continente negro a Europa, representados por los acuerdos de Roma de 25 de febrero de 1957, aún no ratificados.

Tres países se han disputado aquella iniciativa y alguno la realizará. Ghana, recién ingresado en la O. N. U. y a cuyas fiestas de independencia asistieron representaciones de muchos Estados, España incluida, Túnez y Marruecos. Las tres propusieron una conferencia de Estados africanos, que al parecer se celebrará en Accra, aunque tenga su continuación en una urbe mogrebina. Y extremo curioso: ninguno de los invitados, ni siquiera Sudáfrica, rehusó. Son, por ahora, nueve unidades: Sudáfrica, la Federación de Rodesia y Nyasa, la Federación de Etiopía y Eritrea, Ghana, Sudán, Egipto, Libia, Túnez y Marruecos. Pueden, en breve, ser doce, porque Nigeria y Somalía están en puertas de incorporarse, y porque el Togo francés (oficialmente «la república autónoma de Togo») hace esfuerzos por ser reconocido. Temas de debate no les faltarían a los reunidos, y ninguno indiferente para Europa. Inevitable sería la inclusión del problema de Argelia y de otros de ese tipo y la presencia de «observadores» del grupo de Colombo. Por el momento, la sin- cronización no brilla en las relaciones interafricanas —las metrópolis representadas en la comisión sud-sahariana se entienden mejor—. Incluso dentro de cada país son muy agudas las polémicas políticas. Así, las de Sudáfrica, con su ex-metrópoli, y dentro de ella el programa de separación de Strijdom suscita la desobediencia civil de los bantúes y de muchos blancos. En Marruecos se enfrentan el *Is-tiqlal* gobernante (con tres tendencias), la oposición más o menos cubierta en el P. D. I., la masa apolítica y cansada y la resistencia de los antiguos sectores colonistas galos. Menos pugna interna hay en Túnez por la hegemonía indiscutida de Burguiba, futuro Presidente de la *nonata* República. Pero esta situación se compensa con

la mayor exteriorización de las polémicas con la exmetrópoli que llevó a ésta a suspender su ayuda financiera a la Regencia. Invocando aquélla el apoyo tunecino a los argelinos; oponiendo Túnez por el contrario el grave problema que le plantea la afluencia de refugiados argelinos y la presencia en su suelo de las expeditivas tropas francesas, cuya retirada pidió, incluso de Bizerta.

A nuestro modo de ver las cosas —creemos que objetivo— el problema argelino fué el más grave de los suscitados internacionalmente en el espacio euroafricano. Grave por su sangrienta virulencia interna; por la pérdida de control y de objetivos de las partes; por la intransigencia de los metropolitanos en no atender cualquier razonable sugerencia o mediación ajenas, y en mantener fórmulas ficticias considerablemente rebasadas por los hechos; y en fin, grave como foco de infección regional, de envenenamiento de relaciones entre los pueblos; y por sus oportunidades para que intervinieran terceros elementos propicios a beneficiarse con la desgracia o la dificultad de los demás. Por otra parte, de no estar en vías de solución, cuando la O. N. U. vuelva a debatirlo, lo que pueda salir de East-River a propósito del atormentado país mediterráneo, es imprevisible. La crisis francesa dió estado oficial dentro de la cuarta República a lo que ya lo tenía —silenciosamente— en todas partes del mundo: a la búsqueda de alguna nueva fórmula que disintiera de la trilogía de Mollet-Lacoste «pacificación-elecciones-disención», trágicamente desvirtuada en la práctica. En tales momentos de confusión y agobio suelen florecer los planes más o menos viables: partición, federación, «estatutización», etc. Los españoles poseemos sobre estos casos viejas —pero no olvidadas— experiencias que nos autorizan, dentro de los más amistosos sentimientos y de los mejores deseos hacia franceses y argelinos, a recordar a unos y a otros que es mejor un arreglo aceptable a tiempo que una pugna obstinada sin final evolutivo. Igualmente la solución del problema cortaría fricciones como la producida por los movimientos de tropas francesas en Túnez.

\* \* \*

La «diplomacia viajera», típica de nuestra época, registra en el período que examinamos los viajes y misiones de Nixon, Dulles y Richard, por muchas capitales del mundo que empiezan en Rabat y acaban allende Zamboanza. El recién enunciado «Plan Eisenhower»



encontró muchas más aceptaciones que repudios —a nadie le amarga un obsequio y menos a los orientales—, pero claro es que no podía constituir una panacea respecto de todos los problemas, incluso porque los poderes presidenciales en materia crediticia no son ilimitados ni elásticos con el actual Congreso. De todos modos, los norteamericanos, a su manera, reforzaron los lazos entre varios jóvenes Estados independizados y el Occidente, y contuvieron a distancia las ofertas menos concretas de las lejanas potencias del bloque bolchevique.

Sería imposible registrar aquí las innumerables visitas de personalidades importantes a los países que caen dentro de nuestro examen o las de personajes procedentes de ellos. Limitémonos a recordar las que efectuaron a España. Después de la anterior coincidencia en Madrid de los Soberanos marroquí y saudita y de los primeros ministros tunecino y libio —ampliamente comentada por la prensa mundial, aunque no siempre con objetividad— destacó la venida del Secretario de la U. G. T. M. y el Ministro del Exterior marroquí, señor Balafrej; y, sobre todo, la de los Soberanos del Irán, que desde el primer momento despertaron las simpatías de los españoles. No se trató de una visita puramente protocolaria; el comunicado oficial facilitado con motivo de ella exaltó la coincidencia de los dos jefes de Estado reunidos, en torno a ciertos principios básicos para la paz y la seguridad del mundo que se encuentran formulados en la Carta de San Francisco, y que si se cumplieran hubieran cortado muchos de los conflictos que padece el mundo. A este respecto cabe señalar la facilidad de entendimiento de España con los países afro-asiáticos (como sucede en otro orden con los hispano-americanos) lo que suscita el inevitable, aunque desagradable parangón de las reticencias y distracciones aún persistentes en las relaciones con otros pueblos, cuya mayor proximidad regional y cuyas afinidades culturales debieran haber conducido a lo contrario. De ahí que sin atribuir exagerados objetivos a la política afro-oriental de España, ni mucho menos reputarla enfrentada o sustitutiva de la europea, pensamos que ha sido y sigue siendo prudentemente hábil y útil, y, en ocasiones, la única practicable. La historia diplomática, tan pletórica en paradojas —al menos de fachada—, pudiera confirmarlo.

5 de junio de 1957.

I. M. C. T.